

SOMBRAS

Se mira en el espejo. Las gotas de agua fría resbalan por la piel mientras la tensan. Se toca las bolsas de los ojos. El trabajo que ha supuesto los últimos días poner a punto la casa y el sueño profundo en el que ha caído por las noches han conseguido difuminar el cansancio y las ojeras. Se siente bien. Se mira de nuevo y no ve nada. Los ojos están limpios y con brillo. Coge la toalla y se seca despacio presionando suavemente la cara mientras respira el aroma a lavanda fresca.

Lleva cinco días en la casa y siente que es donde tiene que estar. Parece mentira que en cinco días su vida haya cambiado de forma tan radical. Piensa en como tomó la decisión de escapar: un anuncio en el que se vende una casa en un pueblo casi vacío. Y entonces lo ve, lo ve tan claro como ve otras cosas. Se ve en la casa, se ve mojándose la cara con agua fresca y se ve secándose despacio, presionando suavemente con la toalla y respira el olor a lavanda fresca y siente que es el sitio donde tiene que estar.

Le reciben la dueña de la casa y su hijo. También hay varios vecinos de los quince que siguen viviendo en el pueblo durante el invierno. Todos viejos. Todos viejos menos una niña que está jugando con un gato tres casas más abajo.

La dueña va a emprender el camino inverso al suyo. El hijo se lleva a la madre a la ciudad. Su edad y su salud no le permiten seguir sola el pueblo, necesita que la cuiden. Eso dice el hijo. Al darle la mano y mirarla a los ojos ve la sombra. Esta vez es un telón oscuro que va bajando despacio y que en pocos días apagará el brillo de los ojos para poner fin a la función.

Así es como sabe si la muerte ronda a alguien. A veces también ve si se puede hacer algo para engañar a la muerte, pero no siempre se puede. ¿Cómo le dices a alguien al que acabas de conocer que está a punto de morir y que no puedes hacer nada? Esta vez la mujer va a morir de vieja y eso le produce cierto alivio.

Ha decidido comprar esa casa en ese pueblo alejado de todo porque no quiere ver más. No quiere ver la sombra de la muerte bailando en los ojos de nadie. No quiere ver si el joven de color de cera que acude a su casa tiene cura. Y, sobre todo, no quiere ver

que no puede hacer nada por la niña de diez años a la que su madre abraza y repite “por favor” con los ojos acuosos.

La dueña parece ver también y le pregunta si pasa algo. Nada, contesta. Le deseo un buen viaje, dice, haciendo una mueca que quiere ser una sonrisa. Gracias, contesta la dueña, y cuídese, no tiene buena cara.

Como la casa es pequeña y está cuidada no le cuesta mucho ponerla a su gusto. Quita algunos muebles y adornos y los deja en el chamizo que hay en el corral. Ventila y lava las cortinas y la ropa de cama. También pasa un agua con jabón por las paredes.

En los días siguientes, algunos vecinos se acercan para presentarse y cotillear un poco. Con educación los escucha y va asimilando como es la vida en el pueblo. La charla le parece agradable y da las gracias por la información. Cuando le preguntan en qué trabaja y por qué ha ido a vivir allí, esquiva el golpe diciendo que vendió su empresa y ahora tiene dinero suficiente para no preocuparse.

Después de dos semanas ya conoce a casi todos y ha adquirido algunas rutinas. Le gusta tomar café en la cocina mirando hacia el monte, sin prisa. Se da cuenta que puntitos marrones han ido surgiendo en la imagen de la ventana. Frunce el ceño al escuchar algo nuevo. Es una campana. Suena vieja y sorda. Cuenta los toques: uno, dos, tres. Nota calor y se tensa. Cuatro, cinco, seis. Ve pasar una sombra. En el reloj de la cocina son las nueve. Seguro que es fiesta en el pueblo y tocan la campana para llamar a misa. Sale de casa y va hacia la iglesia. No ve a nadie en la plaza. Se acerca a la puerta y comprueba que está cerrada. Mira hacia arriba, a la torre, y se toca las sienes que palpitan. El reloj tiene los números desconchados y una sola flecha apunta a lo que parece el tres. Recula unos pasos para mirar más arriba. En el hueco en el que debería estar la campana no hay nada.

Escucha voces. Se acerca y ve la furgoneta del panadero aparcada frente a la casa en la que se despacha dos veces por semana. Dos mujeres salen. Les da los buenos días. Duda, pero les pregunta si hoy es fiesta en el pueblo. Le dicen que no. Les pregunta si hay alguna ermita. Las mujeres le dicen que está la ermita de San Benito, pero que

hace muchos años que está en ruinas. ¿Y tiene campana?, pregunta. Las mujeres se miran, pues no, contestan, está en ruinas.

Vuelve a casa y se sienta en el branquil de la puerta. En el pueblo son todos muy mayores y puede morir cualquiera en cualquier momento, pero, ¿qué sentido tienen las campanadas?, ¿qué simboliza que hayan sido seis los toques? Quizás presagia un accidente y sean seis las personas en peligro. Las campanas siempre han servido de aviso a los habitantes de los pueblos, sonaban en los incendios, en las emergencias.

Repasa mentalmente las dos semanas que lleva en el pueblo buscando el número seis en las imágenes. El día que llegó se reunieron varias personas para despedir a la dueña ¿eran seis? Cuenta figuras mentalmente. Descarta a la dueña. Le salen ocho contando al hijo y a la niña del gato. ¿Serán esos seis los que están en peligro? Vuelve a la escena. Se fija en la niña del gato, es pequeña, quizás tenga seis años. Siente quemazón interior. Busca con la mirada la casa en la que la niña estaba jugando. Se levanta. Mientras camina busca una excusa para llamar a la puerta. Da unos golpes y sale una señora mayor sonriendo. Le da los buenos días y le pregunta por los gatos con los que estaba jugando la niña el otro día y le dice que le gustaría tener alguno en la casa nueva para hacerle compañía. La señora le dice que una de las gatas está preñada y que en cuanto para le dará los que quiera, que le hace un favor llevándose los gatos. Le pregunta si la niña era su nieta, le dice que sí y que vive en la ciudad. ¿Qué tendrá, seis años?, ya cumplió los siete, le contesta la mujer. Es entonces cuando se fija en la mujer. Le coge las manos y le mira a los ojos mientras le da las gracias por los gatos. La mujer sonrío e insiste en que le hace un favor. Mientras vuelve hacia casa sabe que la mujer de los gatos va a morir hoy, pero sigue sin saber por qué sonó seis veces la campana.

Por la noche no duerme bien, se despierta a menudo y le llega el murmullo de los rezos del velatorio, que dura hasta el alba. Se levanta y hace café. Mira por la ventana y escucha de nuevo la campana. Se espabila de inmediato y cuenta: uno, dos, tres, cuatro y cinco. Parece que la muerte se va a llevar a seis y le faltan cinco.

Decide ir al entierro. Está todo el pueblo además de familiares y amigos que han venido de fuera. Todos se abrazan y se dan el pésame. Hace lo mismo. Da la mano a

todos y los mira a los ojos. No ve ni siente nada y le descoloca, esperaba encontrar al siguiente entre los asistentes. Se desespera y nota que la cabeza le va a explotar.

Se sienta a oscuras en la cocina a ver si se le pasa el dolor de cabeza. Se toca las sienes y cierra los ojos. No se mueve en todo el día y pasa la noche en el mismo sitio.

Ya empieza a clarear y su cuerpo se tensa, centra su atención en los sonidos del amanecer y por fin se oye la campana: uno, dos, tres y cuatro.

Sigue sin moverse de la cocina. Pasa el día y la noche siguiente. Al amanecer escucha de nuevo la campana que esta vez toca tres veces.

Las campanadas son los días que restan para que ocurra algo. La muerte de la señora de los gatos ha sido casualidad y no tiene nada que ver. Se levanta con dificultad de la silla y busca una pastilla para el dolor de cabeza. En tres días va a pasar algo y no sabe qué hacer. Se tumba en la cama. Necesita dormir y que el dolor se pase.

Duerme profundamente durante toda la noche y se despierta al oír las dos campanadas. La cabeza le sigue doliendo mucho. Se levanta y se toma otra pastilla. Dos días, piensa, dos días ¿para qué? Decide esperar a que pasen los dos días y la noche que quedan en la cama.

Se duerme, se revuelve en la cama, suda, se despierta, se vuelve a dormir. Tiene pesadillas. Sueña que está en un quirófano, en la mesa de operaciones, y un cirujano va a extirparle un tumor que tiene en la cabeza, sin anestesia. Grita de dolor y la operación ha sido como un parto. Le cosen la cesárea de la cabeza y el cirujano le mira a los ojos mientras le toma de las manos y mueve la cabeza de lado a lado.

Se despierta sudando y escucha la campana. Un único toque, el último toque. Le duele la cabeza y la nota hirviendo. Se levanta a trompicones, tiene náuseas y casi no se puede mover, pero ya lo ha entendido todo.

Se moja con agua helada y siente alivio. Levanta la cabeza y se mira en el espejo. Las gotas de agua fría resbalan por la piel mientras la tensan. Los ojos no brillan, están sucios. Alarga la mano hacia la toalla con olor a lavanda mientras ve la sombra que empieza a crecer desde lo más profundo de los ojos hasta llenarlos por completo.